

Existe un nombre delicioso, santo,
Bendito de los cielos y de Dios :
MADRE! Lo dice todo aqueste nombre,
Primero que pronuncia el tierno infante ;
Mas dulce que la miel ; cual sol radiante,
Y á cuya luz el alma sigue en pos.

Centro de amor, emblema de ventura,
De goees y caricias clara fuente ;
Blanca vision, que la primer simiente
De virtud inocular al corazon.
Sublime directora y consejera,
De ella aprendemos la primer plegaria,
Y á elevar nuestra alma solitaria,
Hasta el cielo con fé y adoracion.

Cuando llegan las horas de infortunio,
Y el mar de las pasiones ruge airado,
Batiendo nuestro barco descarriado,
Sin jarcias, ni timon, ni capitan : —
Viene la madre y nos dirige experta,
De salvacion á la bendita orilla,
Donde el fanal de la esperanza brilla,
Donde su luz y su consuelo están.

El mismo Dios halló tan grato el nombre
De madre, que á los hombres embelesa,
Que, por prenda de amor, el Verbo en hombre,
En MARÍA, la Virgen, encarnó!
Si eres, mujer, hechizo de la vida,
Eres gala tambien allá en la Altura :

Del Eden nos perdiste en la ventura, —
¡Mas escelso misterio en tí se obró!

VIII

¿Quién que te vé, Matilde seductora,
No alzará á la mujer su dulce canto ?
¿Quién viera de tus ojos el encanto,
Sin pulsar entusiasta su laud ?
Tus hechizos, Matilde me inspiraron ;
En tí miré de la mujer la esencia :
Gaya flor que perfuma la existencia, —
Iris de paz, emblema de virtud.

Quisiste que en la página primera
De tu album mis versos estampara : —
Un poeta tal honra ambicionara : —
¡Oh, si tuviera mi alma inspiracion!
Mas yo que canto solo mis pesares,
Á quien negara el cielo la armonia :
En vano dedicar intentaria,
Digna de tí, armónica cancion.

Mandaste — obedeci : tal es mi excusa.
Luego vendrán los dulces trovadores
Á ensalzar tus encantos, tus primores,
Tus gracias y ese tu aire tan gentil ;
Si comparas entonces, piensa solo
Que tras los vientos del Enero frio,
Es mas dulce escuchar en el estío
El jilguero que trina en el pensil!..

SILVERIA ESPINOSA DE RENDON

Nació en Bogotá, en la segunda década de este siglo, Sus primeras composiciones poéticas aparecieron en el *Parnaso Granadino*. Desde aquella época ha colaborado en varios periódicos nacionales y extranjeros, mereciendo por la fama de que goza entre los literatos españoles, que el *Eco Hispano-Americano* le confiase la eleccion de la pieza dramática neogranadina que deberá figurar en la coleccion del Teatro español y americano. Además de la multitud de poesías con que ha enriquecido los periódicos, publicó un folleto en 1850, poco despues de la expulsion de los padres Jesuitas, que lleva por título *Lágrimas y Recuerdos*. Tiene escritas varias composiciones cortas traducidas del italiano, una novela y una obra en prosa y verso sobre la *Educacion de las jóenes*. En diversas épocas ha publicado artículos de costumbres, de literatura y de moral.

AL PIÉ DE LOS ALTARES

¡Es triste referir la negra historia
De nuestra amarga vida terrenal!
Es muy triste traer á la memoria
Tantos instantes de mentida gloria
Y verdadero mal.

Mas referirte ¡oh Dios! nuestros pesares,
Llorando de rodillas á tus piés,
Bañar con nuestro llanto tus altares,
¡Oh qué dulce, mi Dios, qué dulce es!

Triste fuera mostrar la cruda herida
Que sufre silencioso el corazon,
Á quien halló la senda de la vida
De flores y de fuentes revestida
Con grata profusion.

Pero mostrarla á tí, mi dulce dueño,
Que aquí no hallaste do posar la sien,
Sino una helada piedra y duro leño ;
Es un grande consuelo, es un gran bien.

Triste fuera que un misero tirano
Se alzara ante nosotros como juez,
Con nuestra dicha en su mezquina mano,
Y nosotros, quizá, pidiendo en vano
Consuelo á su altivez.

Pero llorar, mi Dios, en tu presencia
Esperando una muestra de tu amor,
Es encontrar la perfumada esencia
Que mitiga del alma el sinsabor.
¡Oh! muy triste será pedir favores
Á un orgulloso y bárbaro sultan,
Referirle del alma los dolores,
Y del desden helado los rigores
Hallar en nuestro afán.

Mas pedirte favor á tí, Dios mio,
Y en tu rostro dulcísimo no hallar
Ni enojo, ni dureza, ni aun desvio ;
¡Así es dulce pedir y suplicar!
¡Es muy triste fundar nuestra esperanza
Del mundo en la inconstante vanidad,
Y divisar la calma en lontananza,
Y no encontrar del gozo y la bonanza
Jamás la realidad!

Pero esperar en tí, Señor eterno,
Y en tus manos dejar el porvenir,
Casi es, mi Dios, del gozo sempiterno
La santa dicha y la quietud sentir.

AL PRIMOGÉNITO DE UNA AMIGA

¡Oh! para qué bajaste presuroso
Al seno de tu madre, ángel de Dios,
¿Para burlar su amor y su esperanza
Con tu venida y con tu pronto adios?

¿Por qué no te esperaste, lindo niño,
Á recibir del labio maternal

Un ósculo siquiera, una caricia
Tan pura cual la brisa matinal?

¡Oh! si hubieras sentido cuál latía
De ternura y placer su corazon,
Con la sola esperanza de abrazarte
Cuando salieras ¡ay! ¡de tu prision!

¡Si hubieras comprendido, ángel hermoso,
Lo que valiera para tí su amor,
Su gracia, su talento, sus virtudes,
Y de su pecho el generoso ardor!

Si hubieras visto su serena frente,
Y su pequeña boca de coral,
Y su tez y sus ojos de paloma,
Y su sonrisa pura, angelical!

Nunca del seno de tu amante madre
Tú te escaparás sin llorar por él,
Como se escapa en noche borrascosa
El aroma del no y del clavel.

¡Oh! si posible fuera que hoy vinieses
Á dormir en sus brazos de marfil,
No te digera de rodillas : Niño!
Ven con las brisas del florido abril!

Ven á escuchar los amorosos cantos
Que tu madre ensayaba ayer no mas;

DE BAS ET DE VERS

Alarmado EL MENSAJERO
Va diciendo á las naciones,
Que las damas,
Á pesar del mundo entero,
En vez de zurcir calzones,
Están escribiendo dramas.

Y al entenderlo EL HERALDO,
Va dando la voz de alerta,
Repitiendo en cada puerta :
¡No habrá quién cosa las medias!
No habrá quién nos guise un caldo,
Si hacen las damas comedias!

Y luego EL Eco, pasando
El ancho mar, clamorea :
« Ya no hay mujer que no sea
Literata! »

¡Mil dramas están forjando,
Y esta epidemia nos mata!

Y en medio de la plegaria,
La noticia funeraria
Va corriendo;
Y desde el niño de escuela
Hasta el galante Orihuela,
Van diciendo :

« Si estas nuevas no son bolas
De la gente,
No bajan de cien las damas

Ven á enjugar sus lágrimas de duelo
Y no la dejes; ay! ¡nunca jamás!

¡Mira! una cuna para tí guardaba,
Y si quieres en ella descansar,
Mientras tú duermes, tu amorosa madre
Sabrá á tu lado con afán velar :

Y si te agrada el aura de los campos,
Y el ruido del torrente bramador,
Y de las flores el aroma dulce,
Y de la luna el tibio resplandor;

Tu tierna madre sacará tu cuna
Y la pondrá entre el musgo del jardín,
A orillas de la fuente y á la sombra
Del grato cinamomo y del jazmin.

Mas tú no vuelves! De tu madre en tanto
Se doblará el hechizo y la beldad;
Y acaso otro ángel bajará del cielo
A templar su tristísima ansiedad!

Españolas,
Que están escribiendo dramas:
Actualmente. »

Mas si está de norabuena
Nuestra escena,
Los varones

En vez de trajes de gala
Debemos vestir crespones,
Que estamos de noramala.

Señor! por tus cinco llagas,
Reprende á ese sexo impío,
Pues si da en hacer comedias
Quién, Dios mío,
Nos remendará las bragas
Y las medias?

Mas, ¡oh tendencia dañina,
La tendencia femenina!

Un placer
Es el que halla en rebelarse,
En replicar y obstinarse,
En el mal toda mujer.

Llegó á los Andes la nueva,
Y las buenas hijas de Eva,

Al oír
Tan alarmante noticia,
Con refinada malicia,
Se pusieron á reír.

Y al saber que los varones
Gasas de duelo y crespones
Vestirán,
Y que á Dios piden reprimenda,
Castigue, si no hay enmienda,
Á las biznietas de Adán;

Piden papel y tintero,
Y llaman al cancionero
Alfaquí;
Y por mostrar cuanto le odian,
Sus mismos versos parodian
Bien ó mal, diciendo así :

Si estas nuevas no son bolas
De la gente,
Si pasan de cien las damas
Españolas
Que están escribiendo dramas
Actualmente,

Cuando está de norabuena
Nuestra escena,
Los varones,
En vez de trajes de gala,
¿Quisieran vestir crespones
Y enviarnos á noramala?...

¡Señor! por tus cinco llagas
Dá por esposa al impío
Que nos vede hacer comedias,
Una que solo, Dios mío,
Le sepa zurcir sus bragas
Y sus medias!

MEDITACION

¡Eres grande, oh mi Dios! cuando tu mano
Arroja sobre el mundo una saeta,
Cuando mueves los labios del profeta
Para anunciar castigo y destruccion;
Y cuando muge prolongado trueno
Y cruzan las centellas el espacio,
Cambiadas ya las nubes de topacio
En negro amenazante pabellon!

¡Y cuando alzas del mar las negras olas
En furioso y oscuro torbellino,
Y se mezclan los ecos del marino
Con la tremenda voz del Leviatan;
Y cuando el barco cruge á cada instante,
Y se postra temblando el pasajero,
Y el mísero saber del nauclero
Se aniquila al furor del huracan!

¡Eres grande, Señor, cuando la tierra
Á tu voz se extremece conturbada,

Una que viva á su lado,
Sin hablar de otros asuntos.
Que de ese asunto elevado,
Portentoso,
De la ciencia de los puntos
De las medias de su esposo :

Una que nunca le diga,
Ni en verso ni en linda prosa,
Las palabras que prodiga,
Con angélica dulzura,
Una esposa
Al dueño de su ternura :

Una lindísima prenda
Sin alma ni entendimiento,
Un jumento
Que conozca su sendero,
Y los goces no comprenda
De la pluma y el tintero.

Dá, Señor, á los varones,
Que deploran la manía
De las damas,
En vez de negros crespones,
Esposas de Cafrería
Que no hagan versos ni dramas;

Mas, al que acepte contento,
Los versos de las mujeres,
Dá una linda compañera,
Que prefiera
Al brillo de su talento
La gloria de sus deberes.

Y desquicia, convulsa y agitada,
Los palacios que el hombre levantó.
Y cuando enciendes una mina oculta
Con la mano quiza de un triste ciego ;
Y en un instante solo, en polvo y fuego
Se cambia cuanto el hombre fabricó!

¿Qué son ante tus ojos esos reyes
Que á la muerte conducen sus legiones?
¿Qué son en tu presencia las naciones
Que á las naciones mueven cruda lid?
¿Qué valen sus altísimas murallas,
Si tú quieres tornarlas en pavesas?
¿Qué son de sus guerreros las empresas,
Si tú les dices una vez : huid?

¿Qué es el hombre por fin? ¡miseria y nada!
Que en medio de su loco desvario,
Omnipotente cree su poderío,
Su fuerza, su saber y su razon!

Omnipotente!... ¡Y huyen sus quimeras
Al soplo de tus labios soberanos,
Y se tornan en polvo, entre su manos
Los idolos que alzó su corazón!

II

¡Ay! el hombre tan débil como altivo
Todo lo espera de su vana ciencia;
Y se atreve á juzgar tu Providencia,
Y á desdeñar tu amparo y tu favor!
Pero tú, que eres bueno y compasivo,
Mas grande en tu bondad que en tus enojos,
Fijas sobre él tus paternales ojos
Llenos de eterno, de infinito amor.

Para él haces crecer los altos cedros,
Para él la palma altiva se levanta,
Para él formas del ave la garganta,
Para él corre el pulido manantial;
Y son para él las aromadas frutas,
Y las hermosas flores del verano,
Y el abundante y nutritivo grano,
Y de la abeja cándida el panal;

Y son para él, los peces de los lagos,
El caballo orgulloso y altanero,
La mansa vaca, el tímido cordero,
Y el perro noble, cariñoso y fiel:
Las gruesas venas de luciente oro,
Las perlas, los corales, los diamantes,
Y hasta los astros bellos rutilantes
Tienen su luz para alumbrarle á él....

Y para él el cariño de una madre,
Ángel de amor que al borde de su cuna
Contaba con afán una por una
Las pulsaciones de su débil sien;
¡Una madre! el tesoro de la vida,
La imagen de tu eterna vigilancia,

UNA CORONA Y UNAS FLORES

Ángel bello de Dios, niña inocente,
Que cariñosa logras enjugar
De tu madre y tu padre el llanto ardiente,
¡Cómo quisiera yo para tu frente
Una corona hallar!

Una corona, sí, cuya belleza,
Cuyo brillo, magnífica riqueza
Y mágico esplendor,
De tu vida alejara la tristeza,
Las penas y el dolor.

Cómo quisiera yo para tus ojos
Las flores y los frutos de un Eden;
Y un jardín, sin espinas, sin abrojos,

El amparo y la antorcha de la infancia,
Y de la loca juventud sosten.

Y los hijos, la esposa idolatrada,
El alma, imagen de tu ser divino,
La antorcha de la fé, que en su camino
Su vacilante paso alumbrará....
¡Oh mi Dios! no es posible que mi labio
De tu bondad las muestras enumere,
Que no el que vive, no, sino el que muere
Tu interminable amor conocerá!

¡Ay! que es amor tu ser indefinible,
Rey de los cielos y Señor del mundo,
Es amor, sin medida y sin segundo,
Amor que nadie alcanza á comprender,
¡Amor que en nuestra mente se refleja
Cuando vamos al pié de tus altares
Á referirte nuestros mil pesares,
Dejando nuestras lágrimas correr!

Tu amor es lo que el alma reconoce,
Y lo que el pecho destrozado siente,
Y lo que alcanza á percibir la mente
En todo, todo cuanto tú le des;
Y es por eso que el alma desolada
Cuando su cáliz de dolor apura,
Repleta de cansancio y de amargura,
Corre á buscar alivio ante tus piés.

Y por eso, yo canto tu grandeza
Hasta do el alma destrozada alcanza;
Y tu amor ¡oh mi Dios! que es la esperanza
Que en mi doliente corazón quedó!
Tu amor y no tu enojo es la palabra
Que en la faz de este mundo se halla escrita;
Y esa palabra altísima y bendita
Es la que admiro con transporte yo!

Donde pudieras tú, libre de enojos,
Sobre el musgo doblar la blanca sien.

Un jardín esplendente y perfumado,
Donde el hielo jamás haya secado
El lirio y el rosál;
Donde el llanto jamás haya bajado
Al claro manantial.

¡Cómo quisiera yo que luz y calma
Hallara en todo tiempo tu vivir;
Y que siempre llevases tú la palma,
De la santa virtud, que eleva el alma,
Y alegra el porvenir!

Y que este sol de tus presentes días,
No enlutasen jamás esas sombrías
Nubes de tempestad,
Ni huyesen de tu faz las alegrías
De tu primera edad!

¡Mas la tierra es tan pobre! No hay corona
Que no lleve consigo espinas mil;
Toda riqueza al fin se desmorona,
Y la gloria del mundo nos pregona
Que es pasajera y vil.

Mas hay una corona noble y bella,
Que nunca deja dolorosa huella
De pena ó de inquietud....
No busques otra, pues te basta ella:
Se llama la virtud.

Y si del mundo las escasas flores,
Perecen al soplar el huracan,
No te aflijas por eso, no; no llores,

Que otras hay de hermosísimos colores
Que nunca morirán.

Esas son las que tu ángel bondadoso
Te brinda compasivo y generoso,
En cada bella acción,
Que dicta con acento fervoroso,
Niña, á tu corazón.

Esa es pues la corona que yo quiero
Que lloves en tu frente virjinal,
Esas las flores son que yo prefiero,
Porque ese ramillete es mensajero
Do dicha celestial!

Sea cual fuere, ¡oh niña! tu existencia,
Dirige hácia los cielos con frecuencia
Tus ojos, tu oración,
Para que guardes ¡ay! con tu inocencia,
La paz del corazón!

EL CANTO DEL AGARENO

Es la rosa fiel imagen
De esa bella á quien adoro,
De esa ingrata por quien lloro,
Por quien lloro sin cesar;
Que natura en sus encantos
Y en su cándida pureza
Ha querido su belleza
Su belleza prodigar.

Son sus ojos las espinas
Que mi pecho traspasaron,
Que en mi daño se gozaron,
Se gozaron sin piedad.
Es mas grato el puro aliento
De su boca primorosa,
Que el perfume de la rosa,
De la rosa de Bagdad.

Si de aquella los estambres
Dan del oro los destellos,
De Gulnara los cabellos.
Los cabellos de oro son,
Con sus labios y mejillas
Que el carmin mas puro baña,
¡Cuánto ornara mi montaña
Mi montaña de Sion!

Mas ufana con sus gracias,
Sus encantos solo precia,
Y mi ardiente fé desprecia,
Y desprecia mi dolor.
Y para ella nada valen
Mis suspiros y mis celos,
Mis angustias, mis desvelos,
Mis desvelos y mi amor.

Mas ¡ay! de ella en ese día
En que sola ya conmigo
Busque en vano un buen amigo,
Y un amigo no hallará!
Si recuerda sus desdenes
Y mi amor y mi ternura,
Sin remedio su locura
Su locura llorará!

— Tal el mísero agareno
De su bella se quejaba;
Mas la ingrata á quien amaba
Siempre ingrata se mostró,
Y llorando el pobre moro
Sin consuelo ni esperanza,
Dejó al tiempo su venganza,
Vino el tiempo y le vengó.

JULIO ARBOLEDA

Nació en la antigua provincia de Barbacoas (Estado del Cauca) el día 9 de junio de 1817. Desde muy niño se dirigió á Europa; recibió su educación en la Universidad de Lóndres y en los mas notables colegios de Paris, y recorrió los países mas importantes de aquel continente. Á la edad de catorce años era colaborador del *Mechanic's Magazine*, periódico científico que se publicaba en Lóndres. Dejó inéditas multitud de poesías en inglés, en francés y en italiano; lo mismo que varias composiciones fugitivas en español y algunos romances y leyendas, entre las cuales se cuenta una titulada: *Casimiro el montañés*. De estas ha publicado algunas en diversos periódicos de Nueva Granada; ha escrito el poema titulado: *Gonzalo de Hoyon*; del cual publicó Lázaro María Perez la introducción y dos cantos. Fué redactor del *Siglo*, de Bogotá, del *Payanés*, del *Patriota*, del *Independiente* y del *Misóforo*, de Papayan, periódicos políticos, y colaborador de varios otros. Ha ocupado en diversas ocasiones el puesto de representante y senador de la Nueva Granada. En 1858, fué nombrado por el Congreso: designado para ejercer el poder ejecutivo de la Nación; y en 1860, ha sido reelecto para el mismo puesto.

En 1862, fué barbaramente asesinado por un hombre del pueblo en la montaña de Berruecos. La América española perdió en él uno de sus mejores poetas y uno de sus eminentes ciudadanos.

ME VOY

I
Me voy de las playas alegres, suaves
Do el Rimac corriendo tranquilo murmulla,
Do el céfiro alienta, la tórtola arrulla,
Do nunca ha apagado sus rayos el sol;
Do anuncian la aurora con trino las aves,
Y en cantos acordes al alba saludan,
Do nunca los hielos al árbol desnudan,
Do nunca del cielo faltó el arrebol:

Me voy de las playas que el aura acaricia
Besando las flores que crecen en ellas;
Do el céfiro borra las tímidas huellas,
Que deja en la arena la esbelta mujer.
Se quedan los campos do amor y delicia
Respiran los aires y el labio respira,
Do en plácidos sueños el jóven suspira,
Mecido en los brazos del blando placer.

Se queda la tierra que Marte aborrece,
Y evita los ecos de trompas marciales,
Do el bárbaro ruido de roncós metales
No arranca, tronando, sus gritos de horror.
Me voy de las playas do blando se mece
El cándido lirio al soplo del viento;
Adios, gaya Lima ¡do no hay un acento
Que no nos inspire deleite y amor!

II

Me voy y nada dejo, ni un suspiro;

Nadie dará una lágrima á mi ausencia;
Para mí no ha existido ni la esencia
Plácida de los árboles aquí.
He estado en un Eden, testigo he sido
De los placeres que ese Eden brindaba,
Mas cuando yo sus árboles buscaba,
Ni la sombra era fresca para mí.

Oyendo estoy el melodioso acento,
Que para otros oídos se destina,
Pero ese acento, que al deleite inclina,
Viene tan solo á herir mi corazón:
Viendo estoy las miradas y las risas
Dulce y afablemente contestadas,
Pero esas risas ¡ay! esas miradas
Son para otros, para mí no son.

En mi redor la música se anima,
Y, al grato son, en mi redor se danza,
En mi redor se enciende la esperanza,
En mi redor se mueve la mujer;
Y su forma de sílfida, que vuela
Por el salón, en brazos de su amante,
Y su rostro de júbilo radiante,
Y sus ojos de fuego y de placer;

Música, baile, amor, deleite, — nada
Le pertenece al infeliz proscrito,
Que vive, como Tántalo maldito,
Viendo la dicha ahogada en el dolor:

Ni vibra para él acento amigo,
Ni se perfuma para él la brisa,
Ni brilla para él la dulce risa
De amistad, ó de lástima ó de amor.

Mira el proscrito hácia el jardin vedado
Como pudo, lanzado de improviso,
Mirar, desde la puerta, al Paraíso
El desterrado, el infeliz Adán.
Luego si piensa en el hogar nativo,
Y se transporta á playas apartadas
Mira la Patria, y á su amor cerradas
Ve que sus puertas para siempre están!

III

En la turba que esa sala
Llena sonriendo, amando,
Y conversando, y burlando,
Do todos contentos van,
Aquel suspiro, que exhala
De la boca coralina
La bella, que el cuello inclina
Sobre el alegre galán;

La dulce risa, el acento
De placer y de alegría,
Y la blanda melodía
Que hace los aires vibrar,
Todo aquello que contento,
Deleite y amor inspira,
No consuela al que suspira
Por su patria y por su hogar.

El no es ave de *este* nido
Ni oveja de *este* rebaño;
Para todos es extraño,
De todas desconocido:
En el lujoso salón
Ve mujeres tiernas, bellas,
Mas, para él, no hay en ellas
Oídos ni corazón.

Si hácia el labio del proscrito
Un ahogado acento vuela,
El corazón se rebela,
Y aquel acento bendito
Sobre su labio se hiela:

Se hiela, como la gota
Que el frío torna en cristal,
Cuando entre la escarcha brota
Ante el oyente glacial,
Cuya indiferencia nota.

¿Quién va á atender al ingrato
Son del dolor que se queja,
Abandonando el boato
Y el dulce y alegre trato
Donde el amor se refleja?

¿Quién ha de apartar los ojos
De tanta riqueza y gala,
Por atender, en la sala,
Al que oculto entre sonrojos
Su queja tímida exhala?

Por el pesar carcomido,
Solo entre la muchedumbre,
Mudo en medio del ruido,
Está el proscrito escondido,
Y á oscuras entre la lumbre

IV

Tal vez en selva espléndida, en medio de los robles
Que cubren con sus sombras la tierra en derredor,
Inclina al suelo lánguida sus hojas casi inmóviles
Una enfermiza, pálida, desconocida flor.

Y los alegres árboles, que juegan con el viento,
Y cuyas ramas crujen al son del huracán,
Reparten sus despojos, y al ímpetu violento
Ahogando con sus hojas la florécilla van;

Y mientras que, en el júbilo, el aire se alborota,
Y suena por las ramas su acento silbador,
Al pié del tronco yace, oculta, helada, ignota,
Y muda entre el estrépido, la solitaria flor.

Así entre la magnífica comparsa que se mueve,
Y empújame, y ahógame, y obligame á quejar,
No hay uno que hácia abajo la alegre vista lleve,
No hay uno que, por lástima, me venga á saludar.

Y oculto y melancólico, entre el común contento,
No salgo de la esfera donde penando estoy,
Y, lejos de mi patria, engaño mi tormento,
Diciendo: ¿á quién le importa? de vuestro Eden me voy.

Y si hay una entre tantas, cuyos azules ojos
Hácia el proscrito errante se vuelva por ventura,
Los ojos del proscrito evitan su hermosura,
Y elévanse hácia el cielo en busca de su Dios.

Que la mujer, sus risas, sus tímidos sonrojos,
No encuentran en el pecho, para el deleite muerto,
Sino la arena estéril de un árido desierto,
Do á penas queda un eco para decir: Adios

TE QUIERO

Te quiero, sí, porque eres inocente,
Porque eres pura, cual la flor temprana
Que abre su cáliz fresco á la mañana
Y exhala en torno delicioso olor. —
Flor virginal que el sol no ha marchitado,
Cuyo tallo gentil se eleva erguido,
Por matutino céfiro mecido
Que besa puro la aromada flor.

Te quiero, sí; pero en mi pecho yerto
Ya con amor el corazón no late,
¡Ay! ni mi frente pálida se abate
Al contemplar tu cuello de marfil;
Pero te quiero como á aquella tierna
Hija de mi alma que inocente ahora,
En el regazo de su madre llora
Tal vez la pena que soñó infantil.

No dejaré que veleidoso vague
De flor en flor mi loco pensamiento;
Mas también la amistad tiene un acento;
Tu amigo soy: amigo cantaré.
¡Feliz tú! ¡Feliz yo! mis largos años
Cuentan dos veces lo que tú has vivido:
Tú el aguijón de amor aun no has sentido;
Yo ya de amor el aguijón gasté.

El fuego brilla en tus abiertos ojos,
Pero no hará reverberar los míos:
Tu blando acento en mis oídos fríos
Rápido vibra y piérdese al caer:
Y si entrecubre el párpado bruñido
Tu dilatada lúcida pupila,
Mi mirada pacífica, tranquila,
Admira el ángel, — nunca la mujer.

Tal vez anima tu semblante puro
Con gracia celestial vaga sonrisa,
Como se anima al soplo de la brisa
El terso lago en tímido vaiven;
Y tu inefable sonreír de ángel
Al corazón arrancará un suspiro;
Mas yo impasible tu sonrisa miro, —
Y mirara impasible tu desden.

Ausentóme; ¡oh dolor! me ausento solo,
Y todo es soledad por donde paso;
Y todo está dormido. En el ocaso
Lento su disco va sumiendo el sol;

¿Á quién sirve en el árido desierto
De ruseñor armónico el gorjeo?
¿Á quién dará su música recreo,
Si todo en torno es yermo y horfandad?
¿Y qué valen tu gracia y tu hermosura,
Y tu lágrima amiga y tu plegaria, —
Cuando mi alma cansada solitaria,
Está absorta en su propia soledad?

¡Estéril soledad do todo muere,
Que llevo yo do quier conmigo mismo,
Que, cual potente mar, torna en abismo,
Y á sí asimila cuanto en ella cae!
Ya para mí la brisa no levanta
El mar de las pasiones: está en calma:
Al estéril desierto de mi alma
Solo la arena sus mudanzas trae.

Volcan extinto soy, ceniza fría,
Que humedeció el dolor. Lee lo que escribo:
Tu mirada de fuego yo no esquivo,
Que la chispa al caer se apagará.
¡Lee lo que escribo! Algun futuro día
Dirás: *Él fué amigo*: á mas no alcanza
Ya mi ambición: mi tímida esperanza
No de amistad el linde salvará.

Pero tu suerte ¡hermosa flor! tu suerte,
Sí, quisiera labrar y tu ventura;
Eres hermosa: el crimen de hermosura
Persigue el hombre sin piedad aquí. —
Flor descuidada que á la brisa ondeas,
El gusano te acecha en torno andando, —
El diente agnza, y en el tallo blando....
¡Oh Dios! buen Dios! apártale de allí!

Tú la hiciste, ¡Señor no la abandones!
Tú de gracia, de amor tú la vestiste,
Cúidala ahora: el enemigo existe,
Desnudo de virtud y de piedad;
No le permitas deshojar tu lirio!
¡Ay! ni en el cáliz exhalar su aliento,
¡Ay! ni permitas que enemigo viento
Aje tu linda flor, Dios de bondad!

ME AUSENTO

Y espira, como espira mi esperanza,
En tristísimo lánguido desmayo,
Sin despedir ni un moribundo rayo,
Eclipsado entre nubes su arrebol,

Avanzase la noche tenebrosa
Y sepulta á la tierra en su hondo seno;
Ni zumba el viento, ni retumba el trueno,
Ni se oye el arroyuelo murmurar.
Una pálida estrella solitaria,
Cubierta por el cielo nebuloso,
En triste, melancólico reposo
Puede apenas las nubes penetrar.....

¡Imágen de mi vida sin ventura!
Estrella solitaria! aquellas nubes
Que velan la mansión de los querubes
Impiden que tu luz llegue hasta aquí.
Yo también entre el polvo tengo mi alma,
Pero su luz á penetrar no alcanza;
Y es luz de amor, — de amor sin esperanza,
Porque su luz no me ilumina á mí.

Entre el alegre estrépito del mundo,
Ó en esta soledad triste, sombría,
Mi corazón palpita de agonía
Y vive del dolor mi corazón;
Mi corazón cuyo latir convulso, —
Perdida la quietud, la paz perdida,
Le dá existencia, como al mar la vida
El sordo rebramar del aquilon.

¡Cuán horrible es vivir de la tristeza,
Agobiada la sien de pesadumbre,
Y no sentir jamás la dulcedumbre
Que la fé solo y la esperanza dan!
¡Cuán horrible es amar sin ser oído,
Que el suspiro entre lágrimas enviado
No halle jamás el eco deseado,
Que respondiendo alivie nuestro afán!

Cuán horrible es contar mis tristes horas
Por las horas acerbas de mis penas,
Y sentir la ponzoña entre mis venas
Sin probar nunca el cáliz del placer!
¡Cuán horrible es pensar que ya sucumbo
Al peso irresistible del destino,
Y divertir con mi clamor continuo
El capricho, ó virtud, de una mujer!

Y pensar que un rival afortunado,
Porque nació bajo mejor estrella,
Pueda en su boca deliciosa, bella,
Vida beber, felicidad y amor!
Y entre su seno cándido, suave
Verle gozar sus tímidas caricias,
Y de amor embriagado y de delicias,
Cuando yo soy la presa del dolor!

Si; del dolor! Si alguna vez sus labios
Á mis labios sedientos se juntaron,
Y unos en otros de apagar trataron
El fuego de su ardiente juventud,

Entonces, cual volcan cuyo estallido
Ahoga el cantar del ruiseñor contento,
De mi pasión frenética el acento
Vino á matar la voz de su virtud.

Y con la mano trémula apartóme;
Sustrajo á mi cabeza su regazo, —
Huyendo de mi amor y de mi abrazo
Y de su propia tímida pasión.
Y yo la ví de lejos, reclinada,
Puesta la mano cándida en la frente,
De un caduco deber llena la mente,
Y del amor presente el corazón.

Pero sus ojos tímidos me vian
Sin osarme mirar; húmeda estaba
Su faz, donde la lágrima brillaba
Como el rocío en nacarada flor.
Ahora arrepentida se mostraba
De haberme rechazado; ora tendía
La palma y ordenarme parecía
Que respetase, amando, su pudor.

Mas prendime á sus labios deliciosos
Como de abejas el hambriento enjambre,
De virgen flor oscilante estambre
Que blando mece el céfiro al pasar.....

¡Ay! donde yo la vida hallar creía
Cual colibrí la miel en la azucena,
Solo hallé copa de ponzoña llena
Que vino mi existencia á envenenar!

Y la probé, cual pajarillo incauto
El solo grano que la red encierra,
Y deja de vagar por aire y tierra
Prisionero quedando entre la red.
¡Oh! ¡quién pudiera nunca haber probado
El néctar en sus labios de ambrosía,
Donde mi alma en éxtasis bebía,
Sin jamás apagar su ávida sed!

¡Y ser yo quien lo quise! — Así el viajero
En los desiertos yermos de Sahara,
El resoplar del viento deseára,
Del viento del desierto abrasador. —
Y así sentí, cual siente el peregrino
Al ver llegar la muerte sobre el viento,
Que emponzoña las auras y el aliento
Con su abrazo de fuego y de dolor;

Así sentí, mujer! ese el alivio,
Ese fué de placer el que ofreciste
Amargo cáliz: eso lo que diste
Por sola recompensa de mi fé! —
Ahora mintiendo afectos, á engañarme
Yo no sé quien te impele seductora:
Conozco que me engañas aun ahora. —
Ó tal vez me amarás; — yo no lo sé.

Pero yo si te amo. No profanes
De mi amor el purísimo santuario;
No olvides al viajero solitario
Que vive, que delira para tí;
Para tí sola, para tí que diste
Tormentos á mi alma venturosa;
Por quien la vida arrastro pesarosa
Entre el dolor, la angustia, el frenesí.

Robástemela dicha que tenía,
Robástemela paz y mi sosiego;
Y en mí, tirana te erigiste luego,
Y te amo y siempre te amaré.
Mas no cual tú, que tienes quien te admire,
Quien te prodigue incienso prosternado;
Yo solo tengo un corazón llagado;
Solo amar sé, y amando moriré.

DIOS Y LA VIRTUD

¿Quién comprende al Señor? El eslabona
Nuestras acciones; y su diestra lanza
Ya un esparto, ya un mundo, en la balanza
Del Universo, y equilibra el fiel.

Ora ante el cesto en que Moisés naufraga,
Un leve junco sobre el Nilo tiende,
Y de ese junco el porvenir suspende
De la raza bendita de David;
Ora parece deteniendo el astro
Que dirige al ocaso su carrera,
Porque su luz derrame en la pradera,
Y el pueblo de Israel siga en la lid.

Dios, que esconde su origen, no en el tiempo,
Que el tiempo está por lindes circunscrito;
Dios, para quien lo eterno y lo infinito
Solo atributos de su esencia son;
Dios, que esconde su fin, no en lo futuro,
Que lo futuro á ser para él no alcanza;
Dios, en quien no hay memoria ni esperanza,
Porque solo hay presente para Dios;

Si; Dios se digna gobernar al hombre,
Porque todo lo abarca: él es perfecto,
Y dá leyes al sol como al insecto,
Y cuida al ángel y al gusano vil;
Todo lo crea, y lo gobierna todo;
Ya de mundos innúmeros tachona
El cielo, ya los reinos eslabona
Á la suerte de un hombre ó de un reptil.

Muerda á Colon un áspid, y el destino
Cambia del Universo: los millones
Que han venido á poblar nuestras regiones
No serian siquiera los que son.

Con sus dulces, armónicos acentos
Otro infeliz encantará tu oído,
Ó de célicas formas bendecido,
Su talla altivo ostentará y su faz;
Pero á mi el Cielo, de su polvo avaro,
Me ha negado la atlética belleza;
Yo no levanto erguida la cabeza,
Ni alzo á las nubes mi mirada audaz.

Pero ¡ay! que si el Cielo no ha querido
De perfeccion hacer conmigo alarde,
No por eso, mujer, soy yo cobarde:
Yo tengo honor, aunque pujanza no;
Sí, tengo honor, el sentimiento excelso
Que asegura del alma el poderío,
Y una alma bulle aquí en el pecho mio,
Que digna de adorarte Dios creó.....

Rómpace el débil cáñamo en que cuelga
La madre á Fulton en su pobre cuna,
Y la industria del mundo, y su fortuna,
Quedan, porque él no piensa, en la inaccion.

Como al contacto eléctrico se cimbra
Una cadena de extension inmensa,
Del génio al soplo se despierta, y piensa,
Y obra, y corre al poder la humanidad.
Para toda medita Galileo,
Y el ciego Homero para toda canta,
Y Saulo y Pedro, en su doctrina santa,
Enseñan para toda la verdad.

Una es la humanidad, Ibero y Chino
Y Colombiano y Tartaro remoto
Navegan juntos; mas del mar ignoto
Dios solo el rumbo y los escollos ve;
Y porque él solo es sábio, y él conoce
Solo del puerto el último reparo,
Alza en la mar, por nuestro bien y amparo,
El faro inextinguible de su fé.

Entretanto el filósofo presume
Que la dicha con números calcula,
Y en balanza sin fiel pesa y regula
Los átomos del bien y de salud!
Necio! solo una regla hay para el hombre:
El crimen siempre á la desgracia induce,
Siempre á la dicha la virtud conduce,
Siempre la fé conduce á la virtud.

Con la fé vuela Codro al matadero
Á salvar á su pueblo del Dociano;
Con la fé vence al Persa el Espartano,
Resiste á Roma el Scyta con la fé.

Sócrates, al sentir el zumo ingrato
Del veneno mortal helar las venas,
Ríe dejando á su querida Atenas,
Porque otra patria tras la tumba ve.

Ante los doce de Yatreb, que anuncian
De un Dios único y grande la doctrina,
La muchedumbre idólatra se inclina
Cual se inclina la espiga al huracán;
Y al brillo de sus corvas cimitarras,
Y pidiendo á la muerte el paraíso,
Entre Brahma y el Cristo, de improviso,
Le alzan su trono anchísimo al Corán.....

¡Salve! ¡insigne virtud! Tú que pudiste
Obrar tantos milagros de pagana,
¿Qué no harás, si pacífica y cristiana
Iluminas al mundo con tu luz?
Tú, que al Dios bueno á conocer enseñas,
Tú, que pudor y caridad inspiras,
Tú, que arrancando al corazón sus iras,
Unes al Universo con la Cruz.

Sin tí se agita estacionario el Chino
Entre mares de oprobio y de riqueza;

Sin tí, levanta á penas la cabeza
El polígamo y laso musulmán;
Y los Indos, en castas separadas,
Desconociendo tu igualdad sublime
So el peso del Breton que los oprime,
Bárbaros son, y en la ignorancia están.

¡Oh! si el pueblo de Cristo es solo grande;
Si para hacer viajar su pensamiento
Ha arrebatado el rayo al firmamento;
Si puede al mar y al huracán vencer;
Si el Universo entero se somete
Al vigor de su espíritu fecundo,
En tu doctrina santa ¡oh luz del mundo,
El secreto ha de estar de tu poder!

¡Ven, por piedad! No dejes de mi patria
El verde valle, la tendida loma;
Guárdale su pureza de paloma
Á la nación cristiana en que nació.
Guárdala, y en las ondas bienhechoras
De tu corriente pura y cristalina,
Purifica á la raza granadina,
Para que medre deleitada en tí.

EL GINETE

¡Ven, mi alazan! prorumpe el desdichado;
Ven por la última vez, sírveme ahora,
Y este cancro mortal que me devora
Hunde conmigo en los infiernos ya.
Tú eres mi único bien; yo nada tengo,
Nada que me defenga aquí en el mundo,
Y si contigo en los infiernos me hundo,
Ningun pesar el alma llevará.

Ya es inútil luchar: es imposible
Sufrir la ingrata, abrumadora carga
De esta existencia degradada, amarga,
Que no puede á la infamia resistir.
Ante el soplo del viento del delito
Mi virtud como lámpara se apaga.
Ya que solo al delito el mundo balaga
Huyamos dél; dejemos de vivir.

La calumnia me asalta como á Anteo.
En vano con mis hechos la confundo;
Al caer, nuevas fuerzas la dá el mundo
Y vuelve mas pujante á aparecer.
Adios, ¡oh patria! Por haberte amado
¡He perdido mi honor, estoy proscrito!
Sí; amarte demasiado es el delito
Que me hace hasta la infamia merecer.

¡Todo cede á la astucia! El vulgo es ceco
Ciego como esa roca que me infama:

Me oye llamar *traidor*, traidor me llama
Y calumnia porque oye calumniar.
Mi nombre está manchado sin remedio.....
Va á maldecirme España..... Eso es la historia;
Eso vale tu infamia, eso tu gloria;
¡Esos tus fallos son, Humanidad!

— Ven, mi alazan! — Y rápido se arroja
Sobre el corcel; le aguja con fiereza,
Y atraviesa veloz por la maleza,
Desesperado y de la muerte en pos.
Por sobre arbustos, zarzas, ramas, troncos,
El caballo frenético se lanza.
En alas del temor y la esperanza
Van corcel y ginete. ¡Adios! Adios!

Salva el caballo á saltos los arroyos
Llevando entre los dientes el bocado,
Y del rudo acicate atormentado,
Va su escape aumentando sin cesar:
La rienda tesa con entrámbas manos
Lleva el ginete; la entreabierto boca
Del fogoso animal los pechos toca.
Y su hirviente nariz se oye tronar.

Hay en el corazón de la montaña
Rauda torrente, que de breña en breña,
De una sima á otra sima se despeña,

Y como en un sepulcro va á correr.
Ronco rodando, y turbulento siempre,
Estrella sus hirvientes borbotones
Sobre enormes y negros pedregones,
Y conviértese en nieblas al caer.

Ante la masa de sus turbias ondas
Que al abismo frenéticas descienden,
Aquellas nieblas móviles extienden
Un velo denso de flotante tul;
Y al través de sus pliegues misteriosos
Vese relampaguear la catarata
Cuando, en rápidas ráfagas, desata
Y mece el viento el cortinaje azul.

Del hondo lecho al uno y otro lado
Alzan dos rocas sus excelsas crestas,
Ocultando sus frentes contrapuestas
De nubes tempestuosas al vapor:
El águila imperial la cima alcanza,
Y en sus cavernas lóbregas anida;
En el bajo peñasco halla acogida
Para su prole, impávido el condor.

En la inferior region, el triste buho
Cual vision vaga que la noche exhala,
Leve despliega de fantasma el ala
Y halla en las sombras lóbrego solaz.
Y hácia el borde empinado de esa roca
Que la profunda cavidad domina,
El español frenético encamina
Del noble potro la carrera audaz.

Álzase entre la selva estéril risco
Desprovisto de arbustos y de grama,
Do, por senda torcida, se derrama
La arena, y forma un vasto caracol.
Por allí va Gonzalo, y con esfuerzo
Súbito al potro en la pendiente pará,
Y cual si un enemigo divisara
Lleva la diestra al sable el español.

Al rayo de la luna que dibuja
Su lengua sombra en la pardusca roca,
Vese mover su convulsiva boca,
Y su faz cadavérica vibrar.
Mas luego con desden suelta el acero,
Al estrellado firmamento mira,
Y con la mano trémula de ira
Á ese cielo parece amenazar.

¡Qué tentación sacrílega le asalta!
¡Cuántos días se apiñan de amargura!
¡Cuánta ponzoña en ese instante apura!
¡Cuántos se pintan años de aflicción!
La venganza tal vez vino á llamarle,
Al ver su honor á la merced de un hombre,
¡Ay! y al sentir caer sobre su nombre
Infamia eterna, eterna maldición.

Ó algun génio satánico evocando
Sus pasados recuerdos y tormentos,
Dió formas y sarcásticos acentos
Á los delirios hondos del amor.
Y hablada el infeliz, y con la diestra
Algo de sus oídos sacudia,
Y, golpeándose el hombro, pretendía
Desechar algun peso abrumador.

Dice, y como sintiendo la demora
Y delirante, al alazan anima,
Que, rápido partiendo, por la cima
Despeña los guijarros de tropel;
Y de arena entre el pardo remolino
Á saltos y acezando el risco escala,
Y cual vision que ante la luz se exhala,
Dobla la senda y piérdese con él....

¡Mas vedle allí! que ya otra vez asoma
Dominando el altísimo peñasco.
¡Oh! cual relumbra el argentado casco
Sobre el manto de negro vellorí!
¡Adios! adios! que rápido galopa
El corcel empujando hácia el abismo!
Adios! adios! que en un instante mismo
Muerte y alivio va á buscar allí!

Ya llega al precipicio, ya en la orilla
Contempla ufano el vórtice profundo
De la sima espantosa, do iracundo,
Hierve el torrente en turbio borbotón.
Á morir! grita en éxtasis demente;
Pero ante el borde, que á su peso cede,
El caballo espantado retrocede
Sordo á la brida, sordo al aguijón:

Saltado el ojo, eriza la melena,
La espesa cola encoge zozobrado;
Tiembla de pies y manos azogado;
Bufa poniendo en arco la cerviz:
La inquieta oreja hácia el peligro vuelta,
Y el ancho pecho cándido de espuma,
Brotada de fuego una radiante pluma
De la convulsa, anchísima nariz.

Las ijadas rasgándole á espolazos,
« ¡Oh! mil veces cobarde y maldecido
(Exclama el castellano enfurecido)
Quieras ó no, conmigo morirás! »
Y al acero llevando la impia diestra
Va á desnudarle, el alazan lo siente,
Y partiendo al sonido, de repente.
Salta á derecha, á izquierda, al frente, atrás.

Ya en el pié sostenido, ya en la mano,
En corcovos listísimos se mueve;

No hay posicion que rápido no pruebe;
 Siempre en el aire estremecido va :
 Contra la roca, el pedrejon, el tronco,
 Se azota, y se alza y clávase, y palpita,
 Y bufa ronco, y la cerviz agita,
 Mas siempre á plomo el castellano está.

En la izquierda la rienda, en el estribo

Firme la planta, amargo sonreía,
 Y con la diestra la cerviz le hería
 Despreciando su vano frenesí....
 Mas ¡ay! la planta en una grieta oscura
 Hundió el caballo, y se desploma, y rueda,
 Y herido, opreso, ensangrentado queda
 Bajo su peso, el caballero allí.

GREGORIO GUTIERREZ GONZALEZ

Nació en la Ceja del Tambo, en abril de 1827.
 De edad de catorce años vino á Bogotá, en donde siguió sus estudios hasta coronarlos, recibiendo el grado de doctor en jurisprudencia. En 1855 y 1856, ocupó una curul en la Cámara de representantes de la Confederación, y en el periodo siguiente ocupó el mismo puesto en el Senado.
 Sus poesías han aparecido en diversos periódicos de Medellín, siendo el *Albor Literario* el primero que recibió sus escritos.
 Gutierrez Gonzalez es poeta romántico original y muy popular en su patria.
 Sus poesías se encuentran coleccionadas en el *Parnaso Colombiano*.
 Murió en 1872.

A JULIA

Juntos, tú y yo vinimos á la vida
 Llena tú de hermosura y yo de amor;
 Á tí vencido yo, tú á mí vencida,
 Nos hallamos por fin juntos los dos!

Y como ruedan mansas, adormidas,
 Juntas las ondas en tranquila mar,
 Nuestras dos existencias siempre unidas
 Por el sendero de la vida van.

Tú asida de mi brazo, indiferente
 Sigue tu planta mi resuelto pié :
 Y de la senda en la áspera pendiente
 Á mi lado jamás temas caer.

Y tu mano en mi mano, paso á paso,
 Marchamos con descuido al porvenir,
 Sin temor de mirar el triste ocaso
 Donde tendrá nuestra ventura fin.

Con tu hechicero sonreír sonrío,
 Reclinado en tu seno angelical,

De ese inocente corazón que es mío
 Escuchando el tranquilo palpitar.

Son nuestras almas como el vago ruido
 De dos flautas lejanas, cuyo son
 En dulcísimo acento llega unido
 De la noche callada entre el rumor ;

Cual dos suspiros que al nacer se unieron
 En un beso castísimo de amor ;
 Como el suave perfume que esparcieron
 Flores distantes y la brisa unió.

¡Cuánta ternura en tu semblante miro!
 Que te miren mis ojos siempre así!
 Nunca tu labio exhale ni un suspiro ;
 ¡Y eso me basta para ser feliz!

¡Que en el sepulcro nuestros cuerpos moren
 Bajo una misma lápida los dos!
 Mas mi muerte jamás tus ojos lloren,
 Ni en la muerte tus ojos cierre yo!

EN UN ALBUM

La suerte venturosa ó desgraciada
 Del mortal, en tus ojos va esculpida ;
 La muerte está con su desden ligada,
 La vida está con su cariño unida.

Si la vida has de dar con tu mirada
 Feliz aquel á quien le des la vida ;
 Mas, si muerte han de dar tus ojos bellos,
 Será dulce morir, morir por ellos.